

## Santo Tomás de Villanueva, predicador y maestro de la predicación

### RESUMEN

El estudio asienta en primer lugar la condición de predicador como elemento fundamental de la figura y la significación religiosa y eclesial de Sto. Tomás de Villanueva. Esta identidad primordial queda reflejada, evidentemente, en el vasto y rico sermonario del Santo agustino. Tras este paso primero, el estudio lleva a cabo, en una lectura directa de toda la obra de Sto. Tomás, un examen de la teoría formal que sobre el ministerio de la predicación él ha hecho presente en su misma práctica homilética. De esta suerte, se aprecia el valor y la actualidad del magisterio del Santo sobre el ministerio de anuncio de la Palabra divina.

**PALABRAS CLAVE:** Sto. Tomás de Villanueva, predicación, predicador, Palabra de Dios.

### ABSTRACT

The study firstly establishes the condition as preacher as an essential feature of the figure of Saint Thomas of Villanova as well as of the religious and ecclesial significance.

Evidently, this main identity is manifested in the vast and rich collections of sermons of the Augustinian Saint.

After this first step, through a direct analysis of the complete work of Saint Thomas, the study carries out an evaluation of the formal theory on the ministry of preaching that has been present in his homiletic preaching.

In this sense, the value and actuality of the magisterium of the Saint on the ministry of proclamation of the divine Word is appreciated.

**KEY WORDS:** Saint Thomas of Villanova, preaching, preacher, Word of God.

La obra escrita de Santo Tomás de Villanueva consiste en su mayor parte en la colección de sermones, conciones<sup>1</sup>, a la que se suma el pequeño grupo de tratados espirituales. De esta suerte, la consideración del valor o la vigencia del magisterio teológico y espiritual del Santo arzobispo de Valencia, para este y para cualquier tiempo, se debe llevar a cabo desde el prisma específico del predicador y la predicación. En realidad, además, esa colección extensa de sermones expresa lo que sin riesgo de errar mucho se puede considerar la ocupación fundamental en la vida de Tomás, esto es, la predicación, desde que fuera destinado a esta labor por sus superiores en la Provincia Agustiniana de Castilla en 1521, a los tres años de ser ordenado sacerdote. Desde entonces, aun siendo superior provincial de los Agustinos de Castilla y de Andalucía, Tomás predicó intensamente y lo sigue haciendo desde 1545, cuando es ordenado arzobispo de Valencia, hasta su muerte en 1555. Aunque en los años de gobierno religioso quizá lo haya hecho con menos frecuencia, Tomás ha desplegado una intensa predicación durante 34 años, recogida en los 413 sermones que nos llegan en latín, más 17 en castellano, más los 12 textos de apuntes o fragmentos de conción, publicados en diez tomos de los once que forman la reciente edición crítica de sus obras completas, con texto original latino y traducción española. No es preciso aducir aquí el cúmulo de elogios o los frutos espirituales que la predicación del Santo cosechó en las distintas etapas y los distintos lugares de su ministerio.

Tomás, pues, ha sido siempre un predicador, esa ha sido la figura religiosa o eclesial más constante a lo largo de las diversas circunstancias de su vida y la que consagra para siempre el magno legado de sus conciones. Y como tal predicador, en su perfil más propio, un maestro de la fe, dedicado vocacional y profesionalmente a la enseñanza de la Palabra divina para el Pueblo de Dios ante muchos y muy distintos auditórios. La excelencia y la fecundidad de la enseñanza de Santo Tomás han de ser consideradas sobre todo desde el anuncio de la Palabra. Tomás no es un teólogo profesional, no es un misionero, no es un contemplativo. Además de hombre de gobierno, es un predicador, y como tal debe ser visto, pero ocurre que ninguna de estas tres

---

<sup>1</sup> El término conción, con el significado de sermón, está en la actualidad fuera de uso y procede directamente del latín *contio*, que designa un discurso público.

figuras citadas –fundamentales, por lo demás, en la fe y en la Iglesia– ninguna es ajena a su persona y trayectoria eclesial, lo cual alumbría la extraordinaria grandeza de su obra como pastor y ministro de la Palabra que reúne en sí la más seria componente doctrinal, el más fuerte espíritu apostólico y la más intensa experiencia de Dios.

Desde la figura del maestro de la Palabra para el Pueblo de Dios cual última identidad suya, se debe abordar el examen de su amplia obra escrita que exige dos tratamientos distintos. Se puede analizar su pensamiento sobre una relación abundante de temas teológicos de primera importancia. Desde la creación hasta la escatología, Santo Tomás versa en su sermonario sobre muchas cuestiones una enseñanza teológico-espiritual de alta calidad que puede ser estudiada con detalle. La amplia bibliografía con que desde hace siglos cuenta la obra del Santo confirma que su pensamiento sobre ese abanico de temas, por su vitalidad perenne, es capaz de suscitar atención en cualquier tiempo. Pero además, su obra ofrece también una teoría de la predicación y del predicador, ambos temas –como es obvio, íntimamente unidos– encuentran lugar en su predicación. Como veremos con detalle, Tomás predica sobre el predicar, y el estudio de la teoría formal sobre el ministerio y el ministro de la Palabra es tarea que reclama o impone asimismo la predicación del Santo y de hecho, como ineludible, tarea también llevada a cabo en más de un momento.

En este estudio abordamos este segundo examen, es decir, la teoría tomasiana de la predicación, en toda su obra, sus sermones y en el grupo de tratados espirituales. Mediante este trabajo, no sólo se tomará contacto con una enseñanza espléndida sobre el anuncio de la Palabra revelada, también será posible acercarse a lo que ha querido ser la propia predicación del Santo arzobispo, al modo en que él entendía que debía predicar, lo cual, obviamente, es fundamental en orden a la comprensión de su extraordinaria obra como ministro de la Palabra. Este examen podrá ayudar a percibir con exactitud la egregia figura del Santo y de su magisterio teológico-espiritual, también porque permitirá observar la coherencia admirable entre su modo de concebir la predicación y lo que de hecho era su práctica. Porque lo que él dice en ese plano formal encuentra realización material en su propia predica; a veces, del modo más inmediato, en el mismo sermón, que realiza fielmente lo que esa misma pieza dice

sobre cómo predicar. Este estudio sobre los aspectos formales del anuncio de la Palabra divina permitirá confirmar la figura de Tomás de Villanueva como extraordinario maestro del Pueblo de Dios, de su tiempo y de todo tiempo, porque sus enseñanzas, también sobre cómo anunciar el mensaje de la salvación, tienen un valor imperecedero y merecen el mayor reconocimiento que como tal maestro eximio la Iglesia le pueda dispensar. Si el estudio de la concepción del predicador y de la predicación de Sto. Tomás se ha llevado a cabo en más de una ocasión en estudios que se deben tener muy en cuenta, en esta ocasión tomaremos únicamente y del modo más directo los escritos del Santo.

## I. MINISTERIO DE LA PREDICACIÓN

### 1.1. Naturaleza. Explicación de la Sagrada Escritura

El concepto que tiene Santo Tomás de la predicación no puede ser más elevado, se trata de un ministerio de extraordinario valor en el desarrollo espiritual del hombre: “La trompeta por la que se excita el ánimo es la predicación”<sup>2</sup>. Muchas veces y de distinto modo afirma, más abiertamente, que su fin primordial es llevar a los hombres a Dios, ayudando al alejamiento del pecado y a la conversión, y alimentando espiritualmente la vida de la fe, en lo cual un factor principal será ayudar a la recta comprensión del misterio cristiano.

Objetivamente, la predicación es explicación de la Escritura, que con sus cuatro sentidos, sobre los cuales gira toda ella, es la carga de la Iglesia<sup>3</sup>. Es el ministerio que Dios ha instituido para hacer presente su

---

<sup>2</sup> *Comentario a varios capítulos del libro de los Números*, X, 5. Seguimos en este estudio la edición crítica ya referida, con traducción española, de las *Obras Completas* de Sto. Tomás realizada por L. Manrique, I. Álvarez y J. M. Guirau, en 10 volúmenes (vol. VIII en dos tomos), BAC, Madrid 1910-1915. En las notas, los números romanos corresponden al volumen de esta edición y la cifra siguiente a la página o páginas del mismo. Si la cita es de una conción, la primera cifra que aparece es su número.

<sup>3</sup> *Conción* 3 de los Sermones cuaresmales castellanos, IX, 431; la revelación divina se consolida por el testimonio de la Iglesia: *conción* 347, VIII/2-3, 379. No

revelación y los predicadores “tienen encomendada por Dios la fecundidad de la palabra divina”<sup>4</sup>. Tomás, personalmente, a la Escritura quiere someter su enseñanza antes que dictar su criterio personal, por lo cual, como expresamente declara más de una vez y así de hecho hace por sistema, su plática recorrerá con detalle el texto evangélico<sup>5</sup>. Su atenimiento cabal a la Escritura se puede observar en la predica sobre los ángeles, que también pone de relieve el talante sobrio, riguroso, de Tomás que naturalmente se hace presente en su predicación, en su pensamiento y en todo su tenor de vida. La Escritura habla muy escuetamente de los ángeles, pero según el Santo agustino, muchísimos se lanzan a largos discursos sobre ellos, mientras que a él le parece inútil o incluso temerario disertar ante el pueblo de Dios sobre cómo son, cómo se comunican entre sí, cómo son enviados, cuestiones tratadas en las escuelas teológicas de forma dudosa y variopinta<sup>6</sup>. Como se aprecia, la sobriedad debería alcanzar también a la reflexión teológica. La realidad es que sobre los ángeles “no podemos hacer afirmación ninguna que esté sustentada en un razonamiento sólido o en el testimonio seguro de la Escritura”<sup>7</sup>.

La predicación se ha de referir a la Escritura, cuyo valor supremo hace que su explicación posea tamaña importancia. Son eminentes la utilidad y el provecho del Texto sagrado que no solo alimenta el alma, también reconforta el espíritu con toda clase de virtudes y lo protege contra toda la gama de males posibles. Del camino de vida del cristiano informan las Escrituras y Evangelio<sup>8</sup> y Tomás no puede expresar mayor confianza en la fuerza protectora del Texto sagrado: “No existe tentación, ni adversidad, ni desgracia, ni desastre, a los que no pueda servir de remedio la Sagrada Escritura, proporcionando consejo,

---

recogemos aquí la totalidad del pensamiento de Sto. Tomás sobre la Escritura, solo aquellas afirmaciones que la relacionan más directamente con la predicación que ha de versar sobre ella.

4 *Conción* 183, IV, 443.

5 *Conción* 272, VII, 177; “me atendré a los testimonios auténticos del Nuevo Testamento y de la verdad histórica”, *conción* 281, VII, 369.

6 *Conción* 339, VIII/1-2, 271.

7 *Conción* 338, VIII/1-2, 245; de modo semejante, pg. 253.

8 “Este –el evangelio– no hay que soltarlo de las manos”, *conción* 52, II, 211; el tema se formula muchas veces de distinto modo: ver *conción* 167, IV, 191.

consolación o cualquier otro remedio”<sup>9</sup>. En ella se halla el fundamento de la verdad católica, de modo que ante algún error de la herejía luterana, que no obstante su programa de *sola scriptura* no reconoce debidamente la enseñanza bíblica, Tomás dirá que no va a entrar en más discusiones porque le basta la autoridad del Evangelio que se pronuncia con toda claridad y al cual se ciñe lo que él predica<sup>10</sup>. Pero ese valor superior de la Biblia radica en su personaje, que es Jesucristo, y Tomás exhibe un cristocentrismo claro y certero en la consideración de la Escritura. Toda ella, también el Antiguo Testamento, es semilla cargada de vida porque es Cristo quien la habita, en Cristo ha sido fundada y de Cristo habla<sup>11</sup>. En la visión de Juan (Ap 5, 9), había un libro que nadie podía abrir excepto el Cordero degollado. Ese libro cuya apertura se entrega como galardón de muerte, “es la Sagrada Escritura. Sólo Cristo la reveló, la abrió, cumpliéndola, exponiéndola, iluminándola”, de modo que la fe en Cristo como Hijo encarnado es la clave de comprensión sin la cual no es posible entenderla<sup>12</sup>.

En coherencia con este cristocentrismo, reciben un elogio especial la figura y la labor de los evangelistas, porque han fijado para siempre la Palabra del Salvador, hasta el punto de que en parte les debemos a ellos más que a los Apóstoles<sup>13</sup>. Tomás sabe reconocer el efecto determinante que en la economía de la salvación tiene el Texto bíblico que hace presente y actual en todo tiempo la salvación de Jesucristo. La predicación de los Apóstoles pasó; como veremos, fue capaz de convertir al mundo, pero ya no escuchamos su voz. Sin embargo, los “cuatro grandes ríos” fluyen perennemente para saciar nuestra fe y apagar el fuego de los vicios. Son los cuatro ríos del paraíso (Gen 2, 10-14) que riegan la tierra reseca y que brotan del manantial perenne que es el Verbo de Dios, a los cuales se debe la lozanía de la Iglesia,

---

9 *Conción 73, II, 435.*

10 *Conción 112, III, 203.*

11 *Conción 48, II, 129.*

12 *Conción 162, IV, 45.*

13 El cristocentrismo de Santo Tomás se prolonga con lucidez y coherencia a otros ámbitos que no abordamos aquí, como la misma Iglesia: “El cimiento puesto en Sión, es decir en la Iglesia, es únicamente Cristo, y la piedra de ese cimiento es también Cristo”, *conción 347, VIII/2-3, 383*; ver Id., pg. 385.

por eso, “¿qué sería de nosotros si no tuviéramos los Evangelios, si estuviéramos privados de la doctrina de Cristo?”<sup>14</sup>. Por ello, como veremos, a los cuatro evangelios expresamente se querrá referir Tomás en su predicación como al venero originario del cual beber y al cual servir.

## 1.2. Bajo el magisterio de los doctores

Con la referencia primera y primordial a la Escritura sagrada, en la predicación es necesario el apoyo en los grandes maestros del pensamiento teológico que al tiempo han sido grandes pastores. Dios mismo ha desvelado a los santos doctores la razón interna de su revelación, hasta donde la fragilidad humana puede percibir, y con la ayuda de tales maestros Tomás quiere explicar esa razón al pueblo fiel y así lo plantea a todo predicador<sup>15</sup>. Efectivamente, una inspiración especial reconoce él en estas figuras de la Iglesia en la interpretación de la Escritura, si bien alguna vez precisa muy acertadamente que esa inspiración para captar lo que encierra el texto bíblico es justa recompensa a su trabajo intenso a tal fin y en orden a explicar a los demás el sentido de la Escritura<sup>16</sup>. Tomás ensalza con calor el mérito del estudio apasionado de los libros de la revelación que han llevado a cabo estos maestros de la Iglesia: “¿Con qué celo, con qué ardor se aplicaron los santos doctores a profundizar durante días y noches en las Sagradas Escrituras, para con sus elucubraciones enseñar al pueblo de Dios el camino de la vida y formarlo en la fe y en la verdad?”<sup>17</sup>. Es que, por lo demás, el tesoro que se halla escondido en el campo de

---

14 *Conción* 222, V, 425; de modo semejante, *conción* 330, VIII/2-3, 95. Ello no es óbice para que con la libertad característica, Tomás también exprese a su público el lamento por lo limitado de la información que sobre el Salvador suministran los evangelios: “Escuchad, evangelistas: Estamos bastante quejoso de vuestra brevedad. ¿Por qué pasáis por encima sobre los hechos?”, *conción* 247, VI, 415.

15 *Conción* 16, I, 263.

16 *Conción* 227, V, 501; *conción* 327, VIII/1 421. Tal es hoy la comprensión del trabajo teológico cuyo valor procede de la competencia técnica del teólogo que posee un magisterio científico, derivado de su investigación y reflexión, ciertamente desarrolladas a partir de una vocación y dotación personal para esa tarea con la cual sirve a la Iglesia. De este modo, es posible hablar de la teología como carisma.

17 *Conción* 313, VIII/1, 341.

la Escritura solo se extrae con mucha dedicación y trabajo, cavando hondo con el entendimiento<sup>18</sup>.

Por esa comprensión especial de la Palabra divina que han alcanzado los doctores de la Iglesia es obligado referirse a sus obras, de modo que en alguna ocasión Tomás se lamentará de aquellos que al exponer las Escrituras prescinden de tales maestros santos como Agustín, Jerónimo, Ambrosio o Bernardo para seguir a otros expertos no cristianos como el rabino Samuel y otros judíos carentes de la acción del espíritu de Dios<sup>19</sup>. Respecto de su predicación, Tomás reconoce con sencillez que poco tiene que poner de sí mismo y reconoce la superioridad en conocimiento y en virtud de los “altos árboles de la Iglesia” como los citados. De ellos, al igual que otros predicadores, él corta ramas de sentencias y doctrinas, como corta también de los santos ramos de ejemplos de vida cristiana para ofrecerlos al Pueblo de Dios a fin de que ande por el camino de la salvación. Los santos, por lo demás, no dejan de ser proclamación del evangelio, viva estampa suya, el evangelio en pintura<sup>20</sup>.

Apoyándose, pues, en la enseñanza de los santos doctores a los que Dios desveló algunas “congruencias” del misterio según las capacidades humanas, Tomás las intentará explicar a su modo<sup>21</sup>. Y obrando así, con la misma sencillez expresa su confianza en que el hacer esto con fidelidad, a él y a los predicadores a los cuales exhorta a hacer lo mismo, les sea tenido en cuenta como un servicio<sup>22</sup>. Hay

---

18 *Conción* 374, VIII/2-3, 763.

19 *Conción* 227, V, 501; es posible que en este momento el Santo arzobispo no se refiera solo a los predicadores sino también a los estudiosos del texto bíblico. Como se puede comprender, es muy especial el aprecio por la autoridad de San Agustín en la comprensión de la Escritura: “Nuestro Padre San Agustín, ese gran intérprete de la norma divina...”, *conción* 259, VI, 62, aunque la estima afecta a todos los aspectos posibles; véanse la larga secuencia de los más altos elogios de las conciones 293-297, VIII/1, 3-93 en la fiesta del Santo.

20 La santidad tiene una constitución sustancialmente evangélica, de modo que lo que se lee en el evangelio se ve en un santo: *conción* 343, VIII/2-3, 321.

21 *Conción* 16, I, 263; “Explicaremos lo mejor que podamos algunos detalles que están más claros, apoyándonos en palabras de los santos”, *conción* 366, VIII/2-3, 665; esos santos, citados a continuación, son doctores de la Iglesia.

22 *Conción* 402, IX, 67; *conción* 344, VIII/2-3, 355.

que pensar sobre todo en las obras de estos santos maestros del pensamiento cristiano cuando Tomás exige al predicador un estudio serio: “No subas al púlpito, te lo ruego, sin antes hacer una seria y meditada lectura de libros”<sup>23</sup>.

En la fidelidad más estricta a esta convicción, explicada a todo el Pueblo de Dios y exigida en particular a los predicadores, Tomás usará con una extraordinaria abundancia las enseñanzas de Padres y doctores de la Iglesia y de los grandes maestros del pensamiento teológico. Documentadísima, “autorizadísima” es su predicación, acopiando referencias –además de los cuatro autores ya referidos y que ciertamente son los más citados– de una nómina amplia de figuras principales, en especial Orígenes, San Juan Crisóstomo, San León Magno, San Gregorio Magno, Dionisio Aeropagita, San Isidoro, Beda, San Anselmo o Sto. Tomás de Aquino. Contados son las conciones en las que no se cita a alguna autoridad, lo que principalmente ocurre en la colección de sermones castellanos<sup>24</sup>, por lo general más breves que los que nos han llegado en latín.

Pero estando siempre por encima del parecer de estas autoridades la doctrina bíblica<sup>25</sup>, llegada la ocasión, Tomás se distanciará abiertamente de los mayores doctores de la Iglesia si a su juicio no interpretan correctamente la Escritura. La discrepancia tiene lugar ante alguna opinión del mismísimo San Agustín, –a quien además, en el punto, como reconoce, siguen los maestros de la Escolástica– porque a su juicio la Escritura en textos muy tajantes dice otra cosa<sup>26</sup>. Más de una vez la divergencia es también con el Aquinate, para Tomás de indiscutible autoridad doctrinal, pero de quien se distancia expresamente –aunque en algún caso el dominico se apoye en nombres como Dionisio Aeropagita, o Gregorio Magno– si él entiende que ninguno de ellos da con la recta comprensión del texto

23 Además, naturalmente, de cultivar las virtudes que le hagan un verdadero modelo, *conciencia* 99, III, 11.

24 Vol. IX, 155-374 y 413-519.

25 “La cuerda rectísima e infalible, para medir toda interpretación, es la Escritura. Con referencia a ella han de ser medidos todos los demás escritos, todas las ciencias, todos los descubrimientos humanos...”, *conciencia* 293 VIII (1), 23.

26 *Conciencia* 366, VIII (2/3), 661.

bíblico<sup>27</sup>. En términos más drásticos, discrepa de un autor de tanto predicamento como el Aeropagita, no en la interpretación de la Escritura, sino en doctrinas teológicas. Sobre la cuestión que planteara Sto. Tomás de Aquino (Adiciones a la III<sup>a</sup> parte de la *Suma*, cuestión 92), si los bienaventurados contemplan la esencia de Dios sin necesidad de ningún velo, Dionisio sostenía que si alguien ha visto a Dios y entendió lo que vio, no vio a Dios, sino algo suyo, el resplandor procedente de él, opinión errónea para el Arzobispo de Valencia, porque de ser así, “¿dónde estaría nuestro gozo, si es que no veremos a Dios?... de ninguna manera”<sup>28</sup>. También en interpretaciones teológicas se distanciará del muy apreciado Ricardo de San Víctor<sup>29</sup>.

Estas posiciones evidencian la seguridad que el Santo arzobispo tiene en su criterio propio, que hay que sumar a la sencillez y modestia que hemos visto, dando la posición más justa de franco reconocimiento del magisterio de los grandes doctores sin renunciar a una legítima independencia de juicio, como es pertinente por parte de quien es muy cualificado para interpretar el texto bíblico o para razonar teológicamente. Al final, el mismo procedimiento de Tomás le viene a situar en medio de los doctores, con la humildad de quien es grande ante la sabiduría inconclusa de éstos, y al mismo tiempo exponiendo con claridad un pensamiento propio cuyo examen confirmaría el valor y autoridad doctrinal que ya permite suponer su modo de proceder.

## II. EL PREDICADOR

### 2.1. Voz de Dios. Dignidad y exigencia

Siendo la predicación explicación de la revelación divina, para Tomás es una convicción clara y reiterada que a través de la palabra de quien predica Dios mismo está hablando a los fieles: “Siempre que

---

27 *Conción* 193, V, 7; *conción* 909, VIII/2-3, 909.

28 *Conción* 366, VIII (2/3) 657.

29 *Conción* 320 VIII/1, 487.

escucháis a un predicador, estáis escuchando a Dios que se dirige a vosotros”<sup>30</sup>. En la voz del ministro es preciso reconocer el timbre de la voz divina y preciso es escucharla con el mismo silencio y la misma reverencia que si hablara Dios, siendo en verdad transmisora de su Palabra. Como en el tratamiento de otros elementos de la fe, Tomás retrocede al marco de la experiencia humana anterior en el que quiere ubicar el elemento correspondiente. En este encuadramiento antropológico, en este caso pone de relieve la fuerza de la palabra directa, pues mientras la letra de un libro –del mismo San Agustín o de San Ambrosio– está muerta, viva está en labios del predicador: “La palabra en boca del que habla es algo vivo y eficaz, que penetra hasta el alma y se mete hasta el espíritu” y de ahí el reproche a quienes piensan que teniendo a mano los sermones de esos Padres pueden prescindir de oír a un predicador. Pero el elemento trascendente es el decisivo, de modo que si la palabra de quien predica tiene vida, realmente es por ser como un órgano o una trompeta a los que Dios infunde vida que penetra en el interior del hombre. Por eso, lo que el Evangelio dice de Juan Bautista (Mt 3, 3), que era la voz del que clama en el desierto, podría decirlo cualquier predicador de sí, de modo que a través de su palabra Dios demanda la conversión. Y ya refiriéndose a sí mismo, Tomás exclama: “¡Y ojalá, hermanos que el Señor se digne gritar a través de mi palabra!”.

Siendo portavoz de la palabra divina, Tomás no escatima el reconocimiento del valor extraordinario del predicador, que también podríamos situar en el marco anterior, puramente humano, que es la nobilísima labor de enseñar. En el desarrollo de lo relativo al alma racional, efectivamente, el acto heroico supremo y jerárquicamente más elevado, dice Tomás, es “comunicar luz a los demás por medio de la enseñanza” y si alguien le dijere que la actividad más elevada es gobernar o contemplar, replicaría él que no es así, porque para el buen gobierno basta una moderada prudencia, pero para la enseñanza hace falta más. Este generoso reconocimiento de la tarea de

---

30 *Conción 19*, I, 325; “en efecto, la voz de la predicación hay que considerarla como voz de Dios, no del que predica”, *conción 23*, I, 377; “por los predicadores habla Dios, y ¿por quién si no por ellos manifiesta Dios su ley”, *conción 99*, III, 11; ver *conción 47*, II, 115.

instruir se formulará en referencia formal a la enseñanza de la Palabra revelada, que justamente por transmitir la comunicación de Dios posee la dignidad más alta, de modo que Tomás no duda en afirmar que en el ámbito de la potencia racional el acto supremo al que esta puede llegar es la predicación. En un pueblo, dos cosas se han cuidar escrupulosamente: la sana doctrina y la recta justicia; la primera mueve, la segunda reprime. Pero es de mayor fruto el predicador de buena doctrina que el gobernador que imparte justicia, porque este ejecuta al año a unos pocos maleantes mientras que el primero convierte a muchísimos.

Mediante diversas imágenes, tomadas más o menos directamente del texto bíblico, el Santo arzobispo explica la alta misión del ministro de la palabra; es la misma Escritura la que le sugiere la grandeza del ministerio que la proclama. Inspirándose en Cant 1, 10, los predicadores se describen como el cuello, pues del mismo modo que por él baja el alimento al cuerpo, a través del predicador baja al cuerpo místico el alimento espiritual, las virtudes y dones que Cristo reparte a su Iglesia. Por el cuello sale la voz y Dios manifiesta sus voces y sus clamores por el cuello que son los predicadores. Cuando Jesús manda predicar e instruir al mundo entero en Mc 16, 15, parecería, según Tomás, como si solo a ellos los hubiera destinado a ser canales por lo que bajen a los hombres la vida y la virtud. Los predicadores han de ser una luz que Dios pone al pecador delante de los ojos para despertarlos del sueño de sus vicios. Evocando la visión de Ezequiel sobre las puertas del templo, el Santo agustino pregunta si no son los predicadores esas puertas. La puerta sirve para que la gente entre o salga a través de ella y esto es el ministro de la Palabra, un instrumento que colabora para que el hombre salga del pecado y para que entre en él la gracia. Por lo cual, es necesario que el pecador oiga y comprenda la instrucción (*audiat et intelligat doctrinam*) y la ponga en práctica; la escucha y la compresión adecuada, son, obviamente, paso ineludible en el camino de la conversión.

Siendo voz de Dios la predicación, la tierra entera es testigo del bien que hace, porque toda ella ha llegado a la conversión merced a la predicación. A nosotros, dice el Santo, por la predicación nos ha llegado la fe y tantas otras bondades, porque efectivamente, por la escucha de la palabra viene la fe (Rom 10, 17) y por la predicación

apostólica el mundo se convirtió a Cristo y por ella ha llegado todo lo bueno<sup>31</sup>. Los ministros de la Palabra riegan con la lluvia de la doctrina evangélica la tierra que son las almas de los fieles para que den frutos de buenas obras, siendo el fin principal de la tarea reconducir los hombres a Dios.

Con estos reconocimientos, una primera exigencia absolutamente natural, relativa al conocimiento de la Escritura. Debiendo hablar el predicador sobre Palabra divina, siendo o debiendo ser portador suyo, Tomás sostiene explícitamente que nadie debe asumir el oficio de predicar si no la conoce muy bien. El pastor bueno, abandone por un tiempo limitado al rebaño para estudiar a fondo a Jesucristo en el “arcano recinto de las Escrituras”, y tan pronto lo haya encontrado y le haya rendido adoración vuelva sin tardar al rebaño que tiene confiado para cuidar celosamente de él, y repita una y otra vez este viaje. Y justamente por ser la palabra del predicador medio por el que Dios habla, es menester la mayor humildad. Al igual que el Bautista (Jn 1, 23), el predicador cristiano, si fuera preguntado, debería decir de sí mismo que no es la voz, sino una voz del que clama a través de su palabra. Para Tomás no hay nada que eche tanto por los suelos la soberbia humana como el oficio de la predicación, porque quien lo ejerce, si hablara por él mismo, sólo desde su propia destreza y no fuera voz de la palabra divina, poco podría lograr. En realidad, añade, no es difícil distinguir cuando habla el ministro por sí mismo y cuando habla Dios a través de él. El Salmista (Sal 11,4) se enfada contra aquellos predicadores, engreídos y arrogantes, que desconociendo la gracia divina que es la predicación, desconociendo que Dios habla por ellos, se atribuyen a sí mismos lo que dicen<sup>32</sup>.

---

31 *Conción 21*, I, 355; refiriéndose a la actuación de los Apóstoles: ¡“Oh maravilloso poder de la predicación! ¡Oh, asombrosa eficacia de la Palabra de Dios!”, *conción 184*, IV; 491; ver *conción 49*, II, 135; *conción 219*, V, 391. De ahí la advertencia de la pérdida grave que infligen a su alma quienes no gustan de oír sermones: *conción 47*, II, 115.

32 *Conción 21*, I, 339; “Nosotros no hablamos de nuestra cosecha. Somos la trompeta de Dios. Con esta voz está constantemente Dios llamando”, *conción 23*, I, 377.

## 2.2. Viveza en la fe y ejemplaridad moral

Pero por mor de la unidad natural en el ministro de la Palabra entre viveza de la fe y sana doctrina, ésta sola no es suficiente, no obstante lo mucho que Tomás la encomia y la exige, y la denuncia se torna grave cuando falta la primera, lo que a su juicio no es infrecuente. La ausencia en el predicador de un verdadero aliento espiritual desde la vitalidad de la fe propia hace que su enseñanza no tenga eficacia espiritual; su palabra, por ilustrada que sea, no llega a cautivar: “Tanto saber, tanta teología, tanta elocuencia en los sermones de hoy y poco aprovechamiento, porque falta el espíritu que es lo que da vida a la doctrina”<sup>33</sup>. El Santo arzobispo proclama abiertamente el valor superior en el mismo ministro del testimonio de una vida intachable que es de eficacia mayor: “señale el camino con su buen ejemplo, porque eso influye en la vida de los hombres más que aquello que enseña”<sup>34</sup>. Y aún más allá, saliendo de la comparación entre ambos requisitos del predicador, llega a sostener directamente la extraordinaria valía del puro testimonio existencial, sin discurso, dado en una actuación ejemplar directamente perceptible. Aunque permanezca mudo, gran predicador es el justo en medio de su pueblo, porque sus obras son gritos, porque –añade Tomás en una observación muy certera– es más eficaz la virtud que se observa de modo inmediato que la que es oída, los hombres no resplandecen por lo que saben sino por lo que viven, de tal modo que “mueve más Cristo encarnado en un santo que descrito en su sermón”<sup>35</sup>.

En orden al vigor espiritual de su palabra, Tomás prescribe en concreto al predicador un cultivo intenso de la meditación, la rumia, la contemplación silenciosa de los temas sagrados de los que ha de hablar, lo cual es fuente de un conocimiento superior: “la suprema

---

33 *Conción* 195, V, 53; “Sermones por doquier, conferencias por todos los sitios....sin embargo, faltan en todas partes ejemplos de virtudes que acompañen la doctrina en boga”, *conción* 343, VIII/2-3, 327..

34 *Conción* 348, VIII/2-3, 403.

35 *Conción* 293, VIII/1, 17; la idea se formula de otros modos: “los hechos tienen más fuerza y eficacia que las palabras, y mueve más una vida santa que una lengua expedita”, *conción* 300, VIII/1, 131.

sabiduría y la predicación incluyen la suprema contemplación". De la contemplación es preciso recibir lo que se predica al pueblo, no solo de los libros, y Tomás llega a distinguir entre la experiencia que al respecto hace el contemplativo puro y la que hace el predicador, pues mientras que el primero en la contemplación recibe para provecho suyo, para su salvación, el segundo recibe para provecho de todo el pueblo, en lo que queda patente para Tomás la superior fecundidad de la contemplación del ministro de la Palabra <sup>36</sup>. Lo cual permite observar de nuevo el altísimo concepto que él tiene del ministerio del anuncio de la Palabra divina. Los predicadores tienen oficio de centinela y como según manda el profeta han de subir al monte (Is 40, 9), así no puede estar el ministro de la Palabra en las bajuras sino en lugar elevado, en la cima de la perfección y la contemplación para poder instruir al pueblo y ver desde alta atalaya lo que el pueblo no ve <sup>37</sup>.

Tomás señala en distintos momentos la grandeza espiritual y la fecundidad de quienes en el pasado han sido grandes predicadores, mientras que el momento presente, el suyo, carece de voces similares y de la consiguiente efectividad religiosa. El evangelio da cuenta de la enorme eficacia de la predicación del Bautista a quien tantísima gente acudía (Mt 3, 5) convirtiéndose muchos desviados al filo de su palabra poderosa. Pero es que en Juan todo era voz y de ahí sus frutos, voz su comida, su vestido, su sueño, su conversación, sus gestos, su rostro; los frutos de su enseñanza se apoyaban en su santidad personal, porque él no hacía milagros (Jn 10, 41). ¡Ah, exclama Tomás, si hoy tuviéramos una lengua semejante a la suya! <sup>38</sup>. En el sermón del día de su fiesta, define como excelsa predicadora a Santa Catalina de Alejandría, equiparable al Bautista. Su santuario interior ardía como un horno y de su boca salían palabras echando fuego, con enorme poder y capacidad de persuasión; predicó la verdad a los paganos ignorantes de la religión de Cristo y llevó a él a tantos y tan ilustres personajes y con-

---

36 *Conción* 305, VIII/1, 203.

37 *Conción* 87, II, 649.

38 *Conción* 21, I, pg. 355; *conción* 322, VIII/1, 539, 549; *conción* 323, VIII/1, 567. En la antigüedad Dios atrajo a sí a todo el mundo por la predicación; hoy, en cambio, raro es el pecador que por la predicación vuelve al buen camino: *conción* 23, I, 377.

siguió hacer muchos mártires<sup>39</sup>. Tampoco en la Iglesia del momento existen lenguas como las de los apóstoles bajo cuyo efecto tantas y tan rápidas conversiones hubo, y eran gente frágil y de condición humilde, escogidos así para que la Sabiduría divina resplandeciera más en su poder admirable reuniendo a los pueblos<sup>40</sup>. Una lengua fría no puede pronunciar palabras de fuego y como a los predicadores no nos calienta, añade Tomás, el espíritu de Dios, no infundimos calor en el corazón de los oyentes.

Y con la vitalidad espiritual, la ejemplaridad propiamente moral, requisito igualmente imprescindible. El predicador ha de servir de verdadero modelo, por lo cual ha de cultivar las virtudes necesarias<sup>41</sup>, y una en particular reclama Santo Tomás en los ministros, la castidad, porque aunque deban cultivarlas todas, la castidad es la que más edifica<sup>42</sup>. Muchas veces afirma que la predicación no surte frutos también porque los ministros no viven la moral que predicán, porque no están conformados por lo que anuncian<sup>43</sup>. La cosa primera que explica que la gente huya de la Palabra de Dios es ver la mala vida de los que la anuncian y por su lado, con toda lógica, el que predica bien y obra mal se está condenando a sí mismo<sup>44</sup>.

En el aspecto moral, hay una posición sumamente interesante en la enseñanza de Sto. Tomás y es el valor cognitivo que asigna a la praxis cristiana, de modo que en la recta comprensión de la Palabra,

39 *Conción* 306, VIII/1, 217, 225.

40 *Conción* 307, VIII/1, 223-225.

41 *Conción* 99, III, 11.

42 *Conción* 2 de la serie de sermones cuaresmales castellanos, IX, 421. Sin que dé explicaciones al propósito, en un momento Tomás sostiene que las tentaciones de la carne son muy propias de este ministerio: “la libido es tentación común de los predicadores”, aunque cuando más adelante añade que ello es “a causa del amor”, quizás quepa pensar en el afecto o simpatía que pueda suscitar: *Comentario a Job*, X, 125.

43 *Conción* 183, IV, 451; *conción* 99, III, 9; *conción* 2 de la serie de sermones cuaresmales castellanos, IX, 421-422; no obstante, si hoy –a diferencia de la eficacia de la predicación de Pedro– un sermón apenas convierte a una persona, Tomás también pregunta si la culpa está en el predicador o en los oyentes, *conción* 301, VIII/1, 143.

44 *Conción* 414, IX, 161; *conción* 2 de la serie de sermones cuaresmales castellanos, IX, 421.

junto con la contemplación que ya consideramos, la práctica cristiana posee una eficacia extraordinaria. Sobre la razón interna de este valor cognoscitivo de la praxis, Tomás deja apuntado cómo la acción aviva la mente del hombre, más incluso que el puro ejercicio intelectual: “la inteligencia se ilumina más actuando que estudiando”<sup>45</sup>. Este sería el dato epistemológico general que tiene una cabal realización en la fe cristiana, en la cual sus distintas praxis gozan de ese poderoso efecto cognitivo que Tomás reivindica. La práctica moral, en general, puede aportar una percepción superior que necesitan el pensador de la fe y el predicador, de modo que una viejecita ve en el Verbo muchas más cosas que un teólogo si es más justa que él<sup>46</sup>. Más específicamente, reivindica el conocimiento de Dios que aporta la praxis de la caridad y de la celebración de la fe: “Dios es más fácilmente reconocido en la fracción del pan y en la caridad que en la investigación de libros”<sup>47</sup>. Comentando el encuentro de los discípulos de Emaús con el Resucitado, cita la observación de Gregorio Magno de que esos discípulos conocieron en la fracción del pan lo que no habían entendido discutiendo sobre la Escritura, a lo cual añade que, efectivamente, muchas veces se tiene más luz y mejor conocimiento de Dios en el ejercicio de las buenas obras que en el estudio bíblico. Muchos seglares iletrados dando limosna y en la fracción del pan son fervorosos y brillantísimos, mientras abundan predicadores y teólogos mundanos, carentes de luz<sup>48</sup>. Comentando en otro momento el texto de Is 58, 7.8, Tomás reitera que para conocer a Dios al hombre le sirve más el dar limosna que la lectura sagrada, e interpretando el episodio de los discípulos de Emaús ahora no de modo eucarístico, sino considerando el inicial gesto de caridad al compartir con Jesús el pan, señala que le reconocieron en ese acto generoso, de suerte que repartiendo limosnas es como se conoce a Dios<sup>49</sup>.

---

45 *Conción* 164, IV, 99.

46 *Conción* 365, VIII/2-3, 643.

47 *Conción* 164, IV, 99.

48 *Conción* 164, IV, 93.

49 *Conción* 398, IX, 41, en este lugar se remite, no a S. Gregorio, sino a S. Agustín.

### III. ESTÉTICA DEL SERMÓN

Santo Tomás detalla en muchas ocasiones la forma justa de hablar a tenor del auditorio del que se trata. El predicador ha de enseñar, no siendo ni tan sublime que no se le entienda, ni tan bajo que desagrade, que lo que diga no sea “un conjunto de vulgaridades, sino doctrina sólida y sacada de autores ortodoxos y didácticos”<sup>50</sup>. No cumplirá adecuadamente el oficio sin tener en la debida cuenta a los oyentes, lo que Tomás considera un procedimiento principal. Hacerse comprender por el auditorio, sin dejar de trasmitir buena teología, es un objetivo primario, porque si no es así, si no le entienden, ¿cómo podrá el predicador combatir el vicio y sembrar la virtud?<sup>51</sup>. Hablando de sí mismo, en algún momento expresa la intención de dirigirse al público con la eficacia de una palabra viva, más que con expresiones elegantes, y ciertamente desde la opción primordial que ya vimos de sometimiento a la Escritura, remitiéndose a los hechos objetivos, en su orden propio, tal como los narra el Evangelio<sup>52</sup>. Según su convicción sobre la utilidad de los sermones “especulativos”, alguna vez expresamente querrá hablar en términos más teóricos y de hecho hay muchos sermones de extraordinario valor teológico, pero manteniendo la preocupación porque el discurso resulte comprensible<sup>53</sup>.

Aplicando el criterio fundamental de adecuación a los oyentes, Tomás detalla la forma del sermón según estos. Para los sabios, la prédica ha de ser breve y sencilla, seguramente porque ese público no necesita grandes argumentaciones, aunque por la exigencia de adaptarse, en este caso si el predicador no “se sube a la docta” no dará fruto. En cambio, para el pueblo sencillo, y este es el público que más preocupa a Tomás porque es sobre el que más abundan sus indica-

<sup>50</sup> *Conción* 99, III, 7; ver *conción* 2 de la serie de sermones cuaresmales castellanos, IX, 421; con más detalle, *Comentario a Números*, X, 7.

<sup>51</sup> “Que predique doctrina llana, sólida, y que se deje entender de todos... ha de tratar alguna vez doctrina y idear la verdad con buena teología. Lo ha de hacer así el predicador si quiere arrancar vicios y plantar virtudes”, *conción* 2 de la serie de sermones cuaresmales castellanos, IX, 421.

<sup>52</sup> *Conción* 229, VI, 23.

<sup>53</sup> Así en la *conción* 192 en la fiesta del Corpus, dedicada a la Eucaristía. “Hoy me ha parecido bien hablaros en términos especulativos....”.

ciones, el sermón sea más largo, de índole expositiva, aunque no elocuente, ni difícil, ni controvertido<sup>54</sup>. Para este público, no proceden en modo alguno sutilezas y conceptos sofisticados, y si el sermón no se abaja al nivel del pueblo, si el ministro se dedica a asuntos delicados sin acomodarse a gente simple, no cumplirá su labor porque no le entienden y no producirá fruto, y Tomás se lamentará de que escaseen los predicadores que se humillan, siendo de hecho tan pobres los frutos que se cosechan en el país<sup>55</sup>.

Dentro de la labor de instrucción que compete al predicador, Santo Tomás le asigna también la defensa de la verdadera doctrina de la fe contra los herejes –como él ha realizado en varios momentos– y este sermón debe tener cualidades propias. Cuando “se toque a rebato”, en el momento de máxima gravedad que es el asedio de la herejía, el predicador es un defensor de la fe y Tomás parece confiar mucho en su labor señalando un buen puñado de caracteres que ha de reunir a fin de que su discurso tenga la eficiencia que demanda lo grave de la situación: “entonces el sermón será largo pero conciso, elocuente, ingenioso, juicioso, elegante, adornado, eficaz, poderoso y fuerte”.

Con todo, teniendo esta importancia la adecuación formal al auditorio, más que la elegancia en el decir se ha de buscar la fuerza del Espíritu, que como ya vimos es quien dota de eficacia a las palabras del ministro, con las cuales penetra, como si fueran dardos, en el corazón del hombre, y por tanto, “es inútil que retumbe por fuera la fase bonita del predicador si por dentro no colabora la fuerza del Espíritu Santo”.

GONZALO TEJERINA ARIAS, OSA

---

54 *Comentario a varios capítulos del libro de los Números*, X, 7.

55 *Conción* 99, III, pg. 5-7; conción 2 de la serie de los sermones cuaresmales castellanos, IX; 420. “desde las alturas, no siempre hay que decir cosas grandes a los pequeñuelos; hay que abandonar las alturas....”, *conción* 196, V, 57.

